

Ecocrítica y ecoantropología

José Manuel Pedrosa

Universidad de Alcalá

Aunque la interdisciplinariedad intenta ser, en las programaciones académicas actuales, una obligación imperativa, más que una mera opción o recomendación, todos sabemos que las ciencias humanas de hoy tienden a recluirse (mucho más que las ciencias experimentales) en sus propios paradigmas academicistas, a mirar lo menos posible el modo de obrar de los vecinos que tienen al lado, y a convertir neologismos como el de la *interdisciplinariedad* en palabras escritas sobre papel mojado, cuando no en auténticos vocablos malditos a los que se considera avanzadillas de amenazantes relativismos o caballos de Troya de hordas pseudomodernas que vienen para echar abajo el edificio clásico, que tanto ha costado construir, de nuestras disciplinas respectivas.

Ésa es la razón de que la inmensa mayoría de los filólogos, de los historiadores, de los antropólogos, de los sociólogos, sigan encastillándose en sus respectivos métodos y no mirando o mirando con distancia o con desdén el método de los demás. Muchísimos profesores de filología se verían en un grave aprieto si algún alumno les reclamara una visión panorámica de las ciencias humanas en cuyo marco se inscribe la filología, y más aún si les preguntara por el estado en que se encuentran los estudios antropológicos de hoy, o si les demandara una o dos entradas bibliográficas actualizadas acerca de cómo la ecología influye sobre la cultura y cómo la cultura influye sobre el discurso. Algo tan obvio que hasta un niño daría por supuesto, pero que a los filólogos nos costaría mucho justificar en un lenguaje académico.

Por supuesto, lo mismo le sucedería a cualquier profesor de antropología al que se le pidiera un juicio sobre el modo en que opera la filología de hoy o sobre los principios más elementales de la poética de los textos sobre los que basa sus reflexiones, o al que se le reclamaran instrumentos eficaces para el análisis formal y formal-semántico de tales discursos. Un panorama, en fin, radicalmente distinto del que encontraríamos si nos asomásemos al mundo de la investigación en medicina, en biología, en farmacia, en química, que son ciencias cada día más inextricablemente enlazadas en objetivos, en métodos, en equipos, en bibliografías comunes.

La propia ecocrítica que va surgiendo tímidamente y creciendo a muy pequeños pasos en (muy pocas de) nuestras facultades de filología, y a la que desde su propio nombre se le

supone una vocación obviamente interdisciplinar, tiene todavía un déficit clarísimo de interés y de conocimiento de las técnicas y métodos de las demás ciencias humanas. A la que más se acerca es, sin duda, a la sociología, seguramente porque la sociología literaria es una disciplina que cuenta ya con antigua aceptación y regular cultivo en los venerables despachos y aulas de las facultades de filología, por lo que puede lucir desde hace tiempo el sello de la respetabilidad. Pero si a un especialista convencional en ecocrítica (no digamos ya si a un filólogo común) se le preguntase por la obra de Julian H. Steward, que fue el fundador de la ecología cultural en la década de 1940; o por la de Roy A. Rappaport, autor en 1968 del influyentísimo *Pigs for the Ancestors* y en 1979 de *Ecology, Meaning and Religion*; o por la de Andrew P. Vayda, que acaba de publicar en el año 2009 su fundamental *Explaining Human Actions and Environmental Changes*, lo más probable es que tuviera que confesar su absoluta desconexión de tales estudios. Menos mal que la mayoría de los *ecocríticos* conocerán, eso sí, los muy difundidos y publicitados (y estupendos) libros de Marvin Harris que hablan de la cultura (y por tanto de los relatos, de los mitos, de los tabúes, de las leyes consuetudinarias) como adaptación al medio ecológico, aunque ese conocimiento tampoco suponga demasiado consuelo, porque los libros de Marvin Harris son una especie de *best-sellers* intemporales que han llegado, en colecciones editoriales de gran tirada, a públicos muy amplios, no necesariamente académicos ni especializados.

Las mismas reflexiones podríamos hacerlas, obviamente, en el sentido inverso: ninguno de los antropólogos citados, ni muchos más que se hallan especializados en las relaciones entre ecología y cultura, se caracterizan por prestar demasiada atención a la poética ni a la estética de sus relatos-fuente. Suelen, por eso (salvo honrosas excepciones), resumir abruptamente tales relatos, despojarlos de sus adjetivos para dejar solo los verbos, suprimir de un plumazo (o de un teclazo) la primera persona del narrador y hacer que suene sólo a través de la tercera persona del investigador. Prestan muchísima más atención al significado que a la forma (como si la forma no fuera significativa) y a lo social que a lo poético (como si lo poético no fuese social). Y carecen (salvo los más curiosos e informados de entre ellos) de instrumentos eficaces para el análisis especializado de los discursos (por lo general orales) sobre los que basan sus investigaciones. Lo más común es que tiren por la vía de en medio de escamotear a sus lectores la transcripción literal de esos discursos, que poden todos los atisbos que encuentren de subjetividad y se limiten a hacer resúmenes fríos, más o menos estadísticos, en aras de una supuesta objetividad que (para ellos) estaría siempre asociada a la voz del sujeto antropólogo y no a la voz del sujeto *antropologizado*. Con lo cual se pierde una cantidad muy importante, seguramente esencial, de información, ya que la poética del

discurso es la poética, a un tiempo, de lo mental y de lo social, y, or tanto, la poética de la identidad. Se impone, de este modo, una relación políticamente inversa entre informante e informado, entre voz a interpretar y voz interpretadora: una perversión, más que una inversión, que daña los fundamentos y de paso las conclusiones y los frutos de toda esa actividad.

De ahí que los libros de Marvin Harris (uno más entre los que no suelen transcribir, como tantísimos otros antropólogos, sus textos-fuente), que no dejan de tener un mérito extraordinario ni de transmitir enseñanzas muy importantes, estén contruidos como una monodia personalista a la que se ha sacrificado la riquísima (y enormemente *significativa*) polifonía textual de los discursos originales. Una pérdida demasiado grande y demasiado gratuita, porque adjuntar los textos originales, dignificar el estatus de los narradores-fuente, atender aunque sea un poco a su poética y a su estética, tampoco costaría tanto. Sobre todo en estos tiempos en que las nuevas tecnologías de la información y del almacenamiento de la información permiten estirar insospechadamente la extensión y el formato de nuestros trabajos. Los no muchos (aunque cada vez más, afortunadamente) antropólogos que obran con respeto a los discursos-fuente son los que mejor podrían certificarlo.

Un ejemplo muy significativo y muy cercano a nosotros del modo en que ecocrítica y ecoantropología viven de espaldas la una a la otra, ignoran sus métodos, desconocen sus respectivos avances: la antropología que con más intensidad se cultiva en España, y desde hace más tiempo (podría decirse, sin ninguna exageración, que desde algunas crónicas de Indias del XVI, que cruzan a menudo las descripciones y las reflexiones de tipo botánico, zoológico o geográfico con las antropológicas) es la antropología americanista. Pues bien: entonces y ahora la antropología americanista ha sido, en buena medida, una ecoantropología, una antropología de la relación (de las adaptaciones, las apropiaciones y los conflictos) entre las personas y culturas de América y sus entornos ecológicos (ayer *salvajes*, rurales, hoy civilizados, urbanizados). Pese a ello, no he visto hasta el día de hoy que ningún *ecocrítico* español frecuente los foros, los encuentros o las publicaciones de sus vecinos antropólogos americanistas (ni no americanistas), ni creo que la gran mayoría de los antropólogos españoles se haya enterado todavía de que existe una joven disciplina que da sus primeros pasos en las facultades de filología y recibe el nombre de ecocrítica.

Esta falta de comunicación resulta dramática para las dos partes, aunque ellas no lo sepan. Basta tener unos conocimientos mínimos de antropología para que un filólogo curioso quede en condiciones de apreciar, o al menos de intuir, las grandes y llamativas lagunas que suelen tener los estudios que desde la filología más convencional o desde la algo más

sofisticada ecocrítica relacionan literatura y ecología, o ecología y paisaje. Y viceversa: los antropólogos que de forma más regular se ven obligados a trabajar directamente con los discursos (no solo con los orales, sino también con los escritos) intuyen muy bien la importancia de la organización poética, del estilo, de la retórica, de las metáforas, de la transmisión, de los instrumentos que para el análisis de todo ello es capaz de poner a su alcance la filología, aunque la mayoría de los antropólogos los empleen poco y de un modo estrictamente utilitario.

No se sabe con certeza hasta cuándo durará esta incomunicación. Es muy probable que el desarrollo por separado de la ecocrítica y de la antropología ecológica lleve al encuentro (ojalá no al encontronazo), en un futuro quizá no muy lejano, en territorios comunes. Es posible también que desde un lado o desde el otro se tiendan lazos y puentes que busquen adelantar ese encuentro que al final ha de resultar inevitable. Y es seguro que las nuevas tecnologías de la información, en especial la internáutica, que está sirviendo para que las ideas y los conocimientos se crucen y compartan a mucha más velocidad de lo que era común hasta hace poco, estarán llamadas a jugar un papel muy importante en el avance, al que todos estamos obligados, hacia la verdadera interdisciplinariedad.